

señor general, fué hasta tal punto ineficaz, que solo pudieron reunirse 160 hombres. En este, como en casi todos los demas puntos que toca el escritor, se halla en un error: el llamamiento al pueblo produjo los efectos deseados, y si solo se alistaron en el acto 200 hombres, fué á causa de no contarse con las armas necesarias, pues la mayor parte de las existentes en los almacenes estaban descompuestas, y no podian repararse tan breve como se hacia preciso. El número de los paisanos alistados voluntariamente en 48 horas, ascendió á mas de mil hombres.

Llegamos, por fin, al punto objetivo y principal de esta narracion; es decir, á los acontecimientos del 14 y 15 de Mayo de 1867.

Dice López que el Emperador lo llamó la noche del 14, le preguntó si estaba en disposicion de pasar al campo enemigo para tratar con él, y ver si alcanzaba *que se le concediera el permiso de salir con el regimiento de la Emperatriz y unas cuantas personas de su séquito*, López continúa haciendo el relato de la manera con que se dirigió al campo enemigo, su entrevista con el general en jefe Escobedo, la negativa respuesta de este señor y su regreso al lado del Emperador, á quien encontró en pié, no obstante ser ya las doce de la noche, presa de la mayor inquietud. Hace tambien fijar la atencion respecto á la circunstancia de que el Emperador acostumbraba acostarse entre ocho y nueve de la noche.

La sencilla y verídica narracion de lo ocurrido durante el dia y parte de la noche del 14 de Mayo, va á destruir hasta en sus mas sólidos cimientos el gran edificio levantado por López para disculpar su conducta, tan sospechosa, tan sucia, tan innoble y tan desleal. El general Miramon, siempre infatigable, siempre acertado en sus providencias militares, habló con el Emperador la mañana de ese dia, y le propuso la ejecucion de una salida con todas las tropas: el Emperador aprobó las ideas emitidas por el valiente general; pero quiso que antes se reuniese una junta de generales, con objeto de discutir la mejor manera de llevar á cabo este pensamiento. Verificóse la reunion, y despues de arreglados los principales puntos, se fijó la salida para las once de la noche. El general citó con este motivo, á su alojamiento, á todos los gefes de los cuerpos: los impulsó del objeto de su llamado, y los exhortó á tener á los suyos en el mejor arreglo y disposicion posibles, y advirtió al coronel D. Pedro A. Gonzalez, gefe del regimiento de la Emperatriz, que este habia sido destinado para la especial custodia y escolta del Emperador al emprender el movimiento.

Véase por esto, si la proyectada salida pudo jamas ser un secreto, como afirma López, cuando desde las cuatro de la tarde se tomaban las providencias preliminares de ejecucion.

El Emperador no podia acostarse á las ocho de

la noche, segun su costumbre, cuando se ocupaba personalmente de los mil negocios consiguientes á un movimiento inmediato, y de la categoría del que se trataba; y menos aún cuando el general Miramon y otros muchos gefes, y aun particulares, permanecieron á su lado en las primeras horas de la noche.

Todo estaba dispuesto: las tropas habian recibido la organizacion meditada por el general Miramon; la artillería que debia apoyar el movimiento se habia ya retirado de los parapetos y municionado sus cofres lo mejor posible, cuando se presentó al Emperador el coronel D. Francisco Redonet, con una peticion del general Mendez, que se hallaba enfermo en su alojamiento. Redonet expuso al Emperador, de parte del general, que seria de un gran efecto se suspendiera la salida hasta el dia siguiente, pues se proponia dirigir la palabra á los soldados de su antigua brigada, en los que tenia grande y fundada confianza, agregando: que se hacia responsable del éxito de la salida si se le otorgaba esta concesion. El Emperador hizo llamar de nuevo á los generales Miramon y Castillo, y de comun acuerdo se resolvió aplazar la salida para el dia 15. Esto pasaba cerca de las once de la noche. Á las once y media, despues de librarse las órdenes necesarias para que todo volviese á quedar en su primitiva colocacion, el general Miramon se dirigió á su casa, advirtiendo á los gefes que podian permanecer tranquilos hasta

que recibiesen nuevas órdenes. Las dos baterías destinadas á apoyar la salida, fueron las únicas que no volvieron á sus puestos, quedando una parte de las piezas en la plazuela de la Cruz, y la otra á la puerta de los almacenes de San Francisco.

Antes de pasar adelante, nos ocurre una cosa que es, indudablemente, un fuerte argumento contra lo expuesto por López. Segun él, el Emperador lo habia enviado con objeto de hablar con el general Escobedo; segun él tambien el Emperador lo habia hecho buscar repetidas veces durante la noche.... nosotros preguntamos: ¿habia perdido el juicio el Emperador, puesto que se olvidaba de haber mandado á López al campo enemigo? ¿Ignoraba acaso que la comision que habia confiado á este exigia un retardo considerable, vista la distancia á que se encontraba el campamento republicano, los incidentes del camino que tenia que recorrer á pié, y el tiempo indispensable para tener la conferencia y regresar despues? En nuestro humilde concepto, estas solas reflexiones son bastantes para desmentir la infame cuanto audaz version descrita por López.

Entre las muchas contradicciones en que abunda el folleto, existe una tan notable que no podemos dejarla pasar desapercibida, y menos aún cuando se presta demasiado al objeto que nos proponemos. Segun López, el Emperador anhelaba que se le dejase salir con algunas personas de su séquito: ahora

bien; veamos cómo se expresa en la parte final de la página 17, al hablar de los sentimientos del Emperador respecto de sus subordinados: «porque queria siempre participar de los peligros de sus subordinados; porque era demasiado noble para pensar en su salvacion cuando peligraba la de sus tropas.» Nosotros preguntamos: ¿qué era en fin, lo que deseaba el Emperador? ¿abandonar á sus soldados, desertando vergonzosamente de la plaza, ó permanecer al lado de ellos participando de todos sus peligros?

López continúa haciendo la descripción del modo con que fué hecho prisionero en la huerta de la Cruz, por el mismo general Velez; relata con las mas expresivas frases la intensidad de sus sufrimientos morales, comprendiendo los peligros á que se veria expuesto el Emperador; trata de explicar los muchos inconvenientes y dificultades de que se miraba rodeado, para poder dar aviso de lo que pasaba, y en fin, explica la manera con que logró advertir al Emperador el peligro que le amenazaba.

Por no hacernos demasiado difusos, omitiremos analizar, como podriamos fácilmente hacerlo, las sofisticas especies vertidas por López al explicar la manera con que el general Velez, á la cabeza de sus tropas, invadió el punto de la Cruz. Nos limitaremos á estampar aquí los hechos que hemos presenciado, y sin ocultar nombres como hace López en su folle-

to, sin inventar comedias como las suyas, y sin servirnos de otros medios que los que arrojan la verdad y la lógica, vaciaremos los informes de aquellos de nuestros camaradas que bajo su firma y sin ningun barniz, deben, no lo dudamos, confundir y condenar al autor de las irreparables desgracias que se deploran hoy.

Para destruir los argumentos de López al hablar de la imposibilidad en que estuvo para introducir al enemigo en el interior del fuerte de la Cruz, se hace indispensable asentar previamente algunas circunstancias de un carácter importantísimo. En primer lugar, López, desde tres ó cuatro dias antes del 15 de Mayo, habia solicitado que de la fuerza de un tal Yablouski, *cómplice suyo*, se le permitiera disponer de un piquete para ayudar á la custodia de la huerta de la Cruz, y que esa misma fuerza cubria la cañonera derecha abierta en la barda izquierda de dicha huerta, y de la cual se habia hecho retirar la pieza que allí estaba situada, por hacer parte de las que debian formar las baterias de ataque en la salida proyectada para la noche del 14: en segundo, que aunque es cierto que desde la altura de la iglesia podia descubrirse á cualquiera tropa que se presentase cerca de la indicada barda, esto no era posible en el momento que nos ocupa, puesto que lo impedian la densa oscuridad de la noche y el silencio que, como es natural, deben haber guardado las tropas

que ejecutaron el movimiento: en tercero, que por la cañonera de que se ha hablado, es el lugar por donde penetraron las tropas del general Velez, segun dice López: en fin, que una vez introducido el enemigo en la huerta, todas las demas obras fueron sorprendidas por la gola, comprendiéndose perfectamente que las tropas que las guarnecian, no tuvieron motivo para sospechar de una fuerza que transitaba en el interior del perímetro, y mucho menos, cuando á la cabeza de ellas se miraba á López, gefe del punto. Más todavía: ninguna traicion podia comprenderse con motivo de estarse relevando los destacamentos de los parapetos, puesto que habia ejemplo de haberlo verificado así otras noches en que se dispusieron ataques que debian ejecutarse á la madrugada.

Esto sentado, oigamos cómo se expresa el coronel D. Manuel Guzman, 2.º gefe del Estado Mayor: «Serian próximamente las cuatro de la mañana del 15 de Mayo, cuando el Sr. D. J. L. Blasio entró á la pieza que nos servia de alojamiento en el convento de la Cruz, al Sr. general Castillo y á mí, y me avisó que el enemigo estaba en el Camposanto; di conocimiento al citado general, el cual salió violentamente: yo entré á tomar mi pistola á un gabinete inmediato, y salí á alcanzarlo. En la pieza contigua á la nuestra, vivia el Emperador: al pasar por su puerta, el teniente coronel Yablouski, que se encontraba allí, me dijo: «Coronel, el enemigo está ya en la huerta

y Camposanto:» sin dar contestacion alguna seguí mi marcha con direccion á estos puntos, pues además de que como he dicho, queria reunirme al general, el cual supuse que se habia dirigido á aquel lugar, queria tambien por mí mismo convencerme de lo que se habia dicho: atravesé los dos patios que médian entre el pié de la escalera y la huerta, sin encontrar un solo soldado ni una luz en el tránsito de la parte baja del edificio. Llegué al fin á la puerta de la huerta, y pasé una pequeña obra que la cubria y se conocia con el nombre de «tambor:» habria avanzado unos ocho ó diez metros fuera de ella, cuando no obstante la gran oscuridad que reinaba á esa hora, pude distinguir una línea de tiradores, y á su retaguardia tres trozos de infantería, que me parecian, por los grandes schacots que tenian, del batallon de «Supremos Poderes,» fuerza que me era bien conocida, porque durante el asedio de la plaza, habiamos tenido algunos prisioneros de ella. Una vez convencido de que el enemigo estaba en plena y absoluta posesion de aquella parte del edificio, me regresé con la mayor precaucion posible, y al llegar al punto que antes he designado con el nombre de «tambor,» me encontré con cinco ó seis oficiales, tras de los cuales marchaba López: á los primeros no los conocí ni me fijé en ellos, porque estaba muy lejos de suponer que por el camino que yo habia seguido, podrian encontrarse oficiales republicanos,